



La Santa Sede

PAPA FRANCISCO

MISAS MATUTINAS EN LA CAPILLA
DE LA *DOMUS SANCTAE MARTHAE*

A Dios no le gusta perder

Jueves 7 de noviembre de 2013

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 45, viernes 8 de noviembre de 2013

Dios es un padre «a quien no le gusta perder». Él busca con alegría y «con una debilidad de amor» a las personas descarriadas, suscitando a menudo «la música de la hipocresía murmuradora» de los biempensantes. Es la clave de lectura sugerida por el Papa Francisco en la homilía de la misa celebrada el jueves 7 de noviembre, al comentar el pasaje evangélico de Lucas (15, 1-10).

El Pontífice inició su meditación describiendo precisamente la actitud de los escribas y fariseos que estudiaban a Jesús «para entender lo que hacía», escandalizándose por las cosas que Él hacía. Y escandalizados murmuraban en su contra: ¡pero este hombre es un peligro!». Escribas y fariseos, explicó el Papa, creían que Jesús fuese un peligro. He aquí por qué el Viernes santo «pidieron la crucifixión». Y antes aún —recordó— llegaron a decir: «Es mejor que uno muera por el pueblo y que no vengan los romanos. ¡Este hombre es un peligro!».

Lo que más les escandalizaba, prosiguió el Papa Francisco, era ver a Jesús «que comía y cenaba con los publicanos y los pecadores, que hablaba con ellos». De aquí la reacción: «Este hombre ofende a Dios, desacraliza el ministerio del profeta que es un ministerio sagrado»; y lo

«desacraliza para acercarse a esta gente».

«La música de esta murmuración —y Jesús lo dirá— es la música de la hipocresía», afirmó el Papa, evidenciando cómo en el pasaje evangélico Jesús responde a «esta hipocresía murmuradora con una parábola». Cuatro veces —precisó— en este breve pasaje aparece «la palabra gozo y alegría: tres veces, gozo; y una, alegría».

En la práctica, dijo el Obispo de Roma, es como si Jesús dijese: «Vosotros os escandalizáis pero mi Padre se alegra». Es precisamente éste «el mensaje más profundo: la alegría de Dios». Un Dios «a quien no le gusta perder. Y por ello, para no perder, sale de sí y va, busca». Es «un Dios que busca a todos aquellos que están lejos de Él». Precisamente «como el pastor» de la parábola relatada por san Lucas, «que va a buscar a la oveja perdida» y, aunque esté oscuro, deja a las demás ovejas «en un lugar seguro y va a buscar» la que falta, «va a buscarla».

Nuestro Dios, por lo tanto, es «un Dios que busca. Su trabajo —destacó el Pontífice— es buscar: ir a buscar para volver a invitar». En esencia, Dios «no tolera perder a uno de los suyos. Esta será también la oración de Jesús el Jueves santo: Padre, que no se pierda ninguno de los que me has dado».

Es, por tanto, «un Dios que camina para buscarte —reafirmó el Papa Francisco— y tiene una cierta debilidad de amor hacia aquellos que se han alejado más, que se han perdido. Va y les busca. Y, ¿cómo busca? Busca hasta el final. Como este pastor que va por la oscuridad buscando hasta que encuentra» a la oveja perdida; o «como la mujer cuando pierde la moneda: enciende la lámpara, barre la casa y busca delicadamente». Dios busca porque piensa: «A este hijo no lo pierdo, ¡es mío! ¡No quiero perderlo!». Él «es nuestro Padre. Nos busca siempre».

Pero el «trabajo» de Dios no es sólo buscar y encontrar. Porque, afirmó el Pontífice, «cuando nos encuentra, cuando encuentra a la oveja», no la deja a un lado ni pregunta: «¿Por qué te has perdido? ¿Por qué te has caído?». Más bien la vuelve a llevar al sitio justo. «Podemos decir forzando la palabra» —explicó— que Dios «reacomoda: acomoda otra vez» a la persona que ha buscado y encontrado; de forma que, cuando el pastor la vuelve a llevar en medio de las demás, la oveja perdida no tenga que escuchar «tú estás perdida», sino: «tú eres una de nosotras». Ella «tiene todo el derecho», así como la moneda que encontró la mujer está «en la billetera con las demás monedas. No hay diferencia». Porque «un Dios que busca es un Dios que reacomoda a todos aquellos que ha encontrado. Y cuando hace esto es un Dios que goza. La alegría de Dios no es la muerte del pecador sino su vida: es la alegría».

La parábola del Evangelio muestra, por lo tanto, «cuán lejos estaba del corazón de Dios esta gente que murmuraba contra Jesús. No lo conocían. Creían —dijo el Pontífice— que ser religiosos, ser personas buenas», fuese «marchar siempre bien, incluso educados y muchas veces aparentar ser educados. Esta es la hipocresía de la murmuración. En cambio, la alegría del

Padre Dios es la del amor. Nos ama». Incluso si decimos: «Pero yo soy un pecador, hice esto, esto y esto...». Dios nos responde: «Yo te amo igualmente y voy a buscarte y te llevo a casa», concluyó el Papa.